

¡MUY BUEN VIAJE!

.....
Cortesmente os acompañamos, queridos enemigos nuestros, hasta el umbral de la casa. La cuadrilla, compuesta de doce respetables caballeros, que ha venido á robarnos y nos ha robado un año de existencia, amén de muchas ilusiones y de algunas verdades, se despide ahora, ó, lo que es lo mismo, cambia de nombres y de trajes para continuar cometiendo las mismas fechorías.

Esos doce señores tienen casi todos la propia estatura, pulgada más, pulgada menos. Solo uno, el travieso, el medio loco, es un poco más bajo. Cada cuatro años crece como si se empinara para ver quién es el mero presidente, pero en seguida recobra su habitual tamaño. Este chiquitín parece un cascabel.

Antes de que se alejen esas doce personas, que ya están con el sombrero en la mano, debemos saludarlas con respeto como se saluda generalmente á los ladrones. Véamoslas por última vez, pero no tales como son, porque á nadie es bueno ver tal como es, sino como las disfraza nuestra fantasía, como las pinta la memoria. No iguales, no uniformadas, no con sus treinta ó treinta y un casillas de tablero invariable, sino distintas, individualizadas como las vemos al través de los recuerdos.

¿Qué es Enero? Es un niño; pero no un niño recién nacido, sino un niño que ya come dulces, compra juguetes, pide dinero á su papá y empaña con su vaho el cristal de los aparadores. Le gustan todos los colores así como de joven le gustarán todas las bonitas. Salta como la pelota, corre como el aro, gira como el trompo. A veces es ya un verdadero general, la prueba es que maltrata á sus soldados. A ratos deja la espada por la prestidigitación, por la caja de suertes ó de escamoteos, y se convierte en hombre político; color de rosa es

su cutis, porque Enero no come pan como nosotros sino merengues, caramelos y cerezas.

Este mes no existía antes. Es francés. Hay quien opina que vino con su tambor flamante y su corneta de brillantísimo latón cuando vinieron los zuavos. Pero él lo niega. Asegura que llegó en un baúl de una cantatriz de ópera bufa. Poco á poco fué recibiendo su equipaje: las bolsas de dulces, las capitas de raso acolchonado, los muñecos que dicen *sí* como los diputados, las muñecas que cuestan mucho como las mujeres, los ferrocarriles de hojalata, las casitas de madera. Antes no había más que un niño de porcelana, el Niño Dios. Desde que vino el francesito Enero hay muchos rorros.

Tras de Bebé llega Cascabel.

Es el más rehilete que no cesa de moverse. Ya ese no es niño... ¡qué ha de ser! Cierra el rector la puerta del colegio, apaga los faroles de los claustros, ronda las celdas con paso cauteloso, espía por los agujeros de las cerraduras: todos duermen. Tranquilo, pues, retírase á su cuarto. Pero apenas ha abierto el viejo rector su libro de pergamino, apenas se ha sentado en el sillón de cuero, cuando Febrero, que se fingió dormido, entorna la puerta de su celda, atraviesa de puntillas los pasadizos, y los corredores, baja las escaleras sin hacer ruido, como baja una bolita de azogue por el plano inclinado de un espejo. . . . Salta las tapias de la huerta. . . . ¡y allá va por la calle obscura rumbo al teatro! ¡Qué colegial! ¡Qué alegre y decididor es Cascabel! ¡Qué bien sabe arrancar una careta. . . . con los labios! ¡Y cómo duerme en Marzo el chiquitín desuelado!

¡Ah! Marzo es triste. Es el regaño después de la travesura. La mamá se pone seria. Cascabel le anda huyendo el cuerpo; pero al cabo la entrevista es inevitable. Inútil fué que Cascabel se quedara á fumar con una tía, inútil que llegara á su casa después de media noche: la señora espera. Y fué preciso oírla.

¿Cómo paga Febrero su estudiantil escapatoria? Pues como la pagan todos los hijos de padres católicos antes de cumplir los quince años, yendo hipócritamente compungidos á la sacristía de alguna iglesia en donde los aguarda el confesor de la mamá. Mes de Cuaresma.

La rosa se quita su corsé. La violeta abre los ojos. El agua no es lluvia aún, es rocío. El pájaro sale de la escuela. Y en la atmósfera azul, cantando *bras dessous bras dessus*, corren Abril y Mayo por los campos. Abril es hombre; mujer, Mayo. ¿Qué si se casaron? Creo que sí, pero no lo aseguro. En todo caso se casarían ayer: todavía se aman mucho. Muy lindo es el sombrerito que lleva ella. Muy elegante la corbata de él. Están contentos de la vida los dos novios. Y ni él conoce á ella ni ella á él.

En llegando al último día del mes risueño, comienza el año á entristecerse. Ya va de bajada. Junio y Julio no están tristes habi-

tualmente, pero sí de mal humor. Riñen con sus mujeres, padecen reumas de cuando en cuando. ¿Veis á ese caballero de paletot de hule, sombrero hongo y de paraguas inglés que se dirige al teatro, al club ó á algún café en noche lluviosa? Ese caballero es Junio que se aburre en su casa. ¿Y aquel otro que va á la casa de una amiga? ¡Ese es Julio!

Agosto reconcilia á los esposos mal avenidos. Trae un niño rubio para ellos y. . . . para otros un puñado de oro. Por algún tiempo recobra el año su alegría; pero ya no es amor el que lo anima: es la ambición, es el deseo de gloria, es la lucha por conquistar el vellocino de oro.

¡Qué ruido hace Septiembre! Tambores, clarines, disparos de cañón. . . . ¡seré fuerte! ¡seré poderoso! ¡seré rey! ¡Es el hombre en plena virilidad corriendo en pos de la fortuna ó de la gloria! Pero á poco el delirio se apacigua: ¡allí está Octubre! El crepúsculo azul envuelve el alma, se siente uno cansado; se desea, no la muerte, pero sí el sueño. Después de todo, la gloria es vana. Mejor es la dicha del hogar. Mejor es llevar á los niños de paseo en esas tardes que comienzan á ser largas para que los papáes puedan ir á la calzada con sus hijos. Mejor proveerse de pieles para el invierno. Ya tenemos nuestra casa, nuestra mujer, nuestra familia; ¿para qué ir en busca de aventuras?

Pero la vida no perdona. El apuntador llama á otro personaje y éste se presenta: es Noviembre. Las campanas se estremecen cuando él llega. La naturaleza encógese aterida y la noche comienza á ser muy larga, como para acostumbrarnos á la muerte.

Noviembre es blanco, pero no como el traje de las novias; no como el azahar; como la cera. El nos enseña lo que Renan llama la última ciencia: la resignación al olvido.

Y ya en Diciembre todavía vivimos; pero no en nosotros sino en nuestros hijos. Es el mes niño y no el mes viejo como lo pintan los artistas que no saben verlo. Por eso Jesús quiso nacer en él, y por eso vemos cómo se alegran todos los niños en Diciembre. Es el mes de los cohetes y de las zampoñas, de los panderos y de los rabeles, el mes en que hasta el mismo Dios es niño.

Nosotros vemos jugar á nuestros hijos y vamos cerrando los ojos poco á poco.

Llega San Silvestre, reza las oraciones de los agonizantes, y mientras los niños dejan sus botincitos en la chimenea para ver qué deja en ellos el nuevo año, nosotros nos vamos por no estorbar y seguros de que nada trae ya para nosotros.

OBERTURA DE PRIMAVERA

Este, según cuentan los que saben de esas cosas, es el mes de las golondrinas. En él vuelven las muy egoístas, las que se van cuando tenemos frío; las que no cenan con nosotros en la Noche Buena; las que no quieren acompañarnos á visitar los sepulcros de nuestros muertecitos en Noviembre..... ¿Por qué he dicho muertecitos.....? ¡Ah, sí, ya entiendo: porque todos los seres queridos de nuestra alma que se han muerto, nos parecen niños, criaturas, hijos nuestros que se han ido.....y que ya nunca, nunca volverán! Y les decimos muertecitos para igualar el cariño, el amor que les tenemos, con el cariño, con el amor que sentimos por los más amados: por los hijos.

Ya vuelven las revoltosas golondrinas! Pero ¿de dónde vuelven? Dicen algunos que de Africa.....Yo no puedo creerlo. ¿Qué han de ir á hacer esas inocentes entre tanto negro? Tal las quiero, que no me resigno á suponerlas ingratas ni egoístas; no me imagino que se van para no acompañarnos en las tristezas del invierno: creo que se mueren en una azul tarde de Octubre, y que al venir la Primavera resucitan. ¿Morir no es dormir? ¿Nacer no es despertar? Y me confirma en esta opinión el observar que nunca vienen golondrinas nuevas. Como ustedes habrán observado, siempre son las mismas. Y hasta regresan á la misma casa, al mismo nido que antes ocupaban, y que, en su ausencia, no se alquila á nadie. Si se fueran de viaje, unas se quedarían allá, otras se casarían con algún pájaro rico de los Estados Unidos; naufragarían tal vez algunas; morirían otras..... y nada de eso pasa! Las golondrinas que vienen siempre son las mismas.....y vestidas lo mismo como buenas hermanas.

Un sabio—para mí los grandes poetas son los sabios—dijo de no sé cuáles golondrinas:—¡Esas no volverán! A semejanza de Platón, Gustavo Adolfo Becquer desterró de la república de la atmósfera

á sus poetas, á las golondrinas. Pero el tirano Becquer se engañó: esas golondrinas, sentenciadas por él á ostracismo perpetuo, sí volvieron..... nada más que ya á él no lo encontraron. Las golondrinas vuelven, tan frescas y tan alegres como de costumbre. Los que ya no volvemos cuando nos vamos, somos nosotros. Y ¿cuándo nos vamos? Algunos creen que cuando nos morimos; cuando cerramos los ojos; cuando ya no hablamos. Pero no es así; entonces se va uno el último..... el capitán del barco que en caso de naufragio es el postrero en salir de la nave que se hunde. Pero ya antes hanse ido muchos.

Porque uno no es uno sino muchos. ¿Soy yo acaso el mismo que hace diez años? ¡Nó, ese ya se fué! No nos despedimos de nosotros mismos, porque somos de casa y nos tratamos con muchísima confianza. La ciencia misma prueba claramente que este cuerpo nuestro de hoy, no es nuestro cuerpo de ayer ni será nuestro cuerpo de mañana. Las moléculas viajan eternamente. ¡Quién sabe en dónde estarán las partículas que formaban mi mano derecha cuando escribí con ella, hace doce años, mi primer artículo!

El cuerpo, el yo material, es una casa de huéspedes.....un hotel. ¡Y el alma.....! ¡Oh, el alma, muda mucho más! Diríase que no paga la casa y que á menudo la despide el propietario. Primero vive en un templo; luego entra de interna en un colegio; después pone casa, para quitarla á poco; y así va de mudanza en mudanza, hasta que el cuerpo se fatiga, se echa en tierra, y el alma, lanzada por el último casero, se va á esconder en no sabemos qué lugar, sin dejar á nadie su dirección. ¿Es usted acaso, señora, la misma mujer que escribió la primera carta al primer novio, y que quiso morir cuando recibió la última de él? No, ¿verdad? La prueba es que esa quería morir y usted vive. Esa era señorita y usted es señora. ¡Aquella pobre joven se murió!

La vida es una estación de ferrocarril en la que todos vamos á despedirnos diariamente de nosotros mismos. El yo de hoy le da en esa estación un abrazo muy estrecho al yo de ayer.....y se queda esperando al de mañana.

Por algunas horas está haciendo recuerdos del ausente; pero cuando llega el otro, sube para irse al wagón mismo en que éste vino, ¡y así siempre! ¿Qué es el pretérito en gramática? Es un epitafio. Es un *Hic jacet*. Casi siempre cuando decimos «dije,» lo que queremos decir es «ya no lo digo.» Arrepentirse es enterrar á un muerto, es vestirse de luto por uno mismo. Yo creí.....Yo esperé.....Yo amé..... ¿Qué significa todo esto? Que ya no existe el que creía; que ya no existe el que esperaba; que ya no vive al que amó. Ese yo es un intruso, es un entrometido. Es un deudo de álguien que murió y que desea, impíamente, hacerse pasar por el difunto. Es en resumen, un suplantador.

Todos morimos muchas veces. En una misma persona se muere el niño, se muere el joven, se muere el pensador, se muere el poeta, se muere á veces el hombre honrado.....y así hasta que se va el último tren. Por eso creo que se equivoca Becquer: las golondrinas vuelven siempre. Pero ya no nos encuentran. ¡Ya nos fuimos!

Las golondrinas que «aprendieron nuestros nombres,» como decía Becquer refiriéndose al nombre de él y al de su amada, regresan y se acuerdan de ellos; pero los nombres son los que han cambiado. Ellas se acuerdan.....y puede ser que nosotros no nos acordemos. La ventana no se ha movido; el beso suena siempre lo mismo; siempre es beso; el «yo te amo» tiene hoy las mismas sílabas que ayer; pero á la ventana asoma otra mujer; el beso va á posarse en otros labios, y el «yo te amo» va á esconderse en otro oído.

Las golondrinas vuelven y se visten de pardo porque están de medio luto.....por la mitad de nosotros que murió. Las que no vuelven son las otras golondrinas: los seres amados á quienes perdemos. Jesús resucitaba; pero Jesús ya se murió. Y cuando se piensa en estos ausentes—y se piensa en ellos siempre—dice uno hablando con ese eterno interlocutor nuestro—que ha de existir, porque si no existiera no tendríamos jamás con quien hablar—Señor, no resucites á los muertos que yo amo; pero resucita mi alma para que espere y crea volver á unirse á ellos. Resucita á los vivos que están muertos!—Y después en voz baja, se le dice también: ¡Y tampoco te lleves ¡oh Dios mío! á estas pequeñas golondrinas que anidan en nuestra casa, que alegran nuestro hogar, que purifican nuestra vida..... porque esas golondrinas sí no vuelven!

FLORES Y ENTIERROS

La Primavera sonríe, y como las hermosas coquetuelas, mata. Contrasta el azul del cielo, la limpidez de la atmósfera, la greguería de las aves, el olor de las flores recién abiertas con el color tétrico y el aspecto tristísimo de esos ataúdes que en las primeras horas de la mañana y á la hora voluptuosa de la siesta atraviesan la ciudad. ¿Por qué matas, Primavera? ¿También tú usas, en la liga, reluciente navaja, como las de esas andaluzas de mantilla blanca, negro cabello y clavel en el cabello, que danzan y que beben manzanilla en el barrio de Triana?

Los ataúdes negros suelen encontrarse con las parvadas de golondrinas blancas que van á ofrecer flores á la virgen. Parece que esas niñas llevan las alas plegadas, como los cisnes. Van riendo, van jugando, entran al templo como si entraran á su casa . . . y en verdad el templo es casa de ellas. Todas las palpitaciones de la vida que empieza, de la vida que retoza, de la vida que canta, se oyen, se ven en esas niñas que semejan lirios y que agrupadas forman como guirnaldas de gardenias. El cirio está hecho como para sus manos, la hostia como para su boca, la dicha como para ellas.

Pero ¡qué tristeza ver cómo se encuentran esas golondrinas blancas con los ataúdes negros? Pues que, ¿también se morirán esos querubines? También caerá la tapa negra sobre esas blancuras?

Detenido cerca del templo á donde acaban de entrar las pequeñas canéforas, miro pasar algunos cortejos fúnebres. El primero es suntuoso: queda mucho dinero en la tierra y se hunde mucha vanidad en el sepulcro. Hasta los caballos del carruaje empenachado fingen que van tristes. Parecen dolientes altos, corpulentos, gravedosos que abren la marcha con solemne paso. El séquito de wagones es muy

largo. ¡Cuántos amigos tienen los ricos cuando los entierran! Todos disputan el honor de acompañar el cadáver hasta el cementerio, porque la asistencia á funerales como esos, es una patente de buen tono, una manera de exhibirse como miembro, de número ó *snob*, de la alta sociedad, un pretexto para encontrarse con tal ó cual banquero y arreglar algún negocio. Estos entierros siempre van despacio, majestuosamente.

En cambio, ¡qué aprisa van los de los pobres! Podría creerse que hasta después de muertos esos infelices corren y corren tras del peso diario. Van á escape, como criados solícitos á quienes manda el amo á alguna parte. Las mulas del carro fúnebre quieren llegar pronto. El cochero va alegre, azotándolas á cada instante con el látigo, como el gomoso azota los caballos de su *buggy*. Ya la ciudad está ansiosa de que salga aprisa fuera de garitas esa basura humana. No despide esos cadáveres; los dispara. Los vecinos temen contagiarse, porque las enfermedades de que mueren los pobres siempre son contagiosas. Y por eso el carro va á todo correr y cruza lo más temprano posible por las calles, cuando están menos frecuentadas, cuando todavía no se levantan las personas decentes, para que los transeuntes no renieguen del difunto.

También el muerto, si aun pudiera tener voluntad, querría ir aprisa. ¡Pronto fuera de la vida, pronto lejos del casero, pronto tapie la tierra esos ojos para que ya no lloren y vean lástimas!

Atrás va un wagón verde. En él—circunstancia que no observaréis nunca en los wagones de entierros elegantes—van mujeres. ¡Qué mal corazón tienen las mujeres de los muy pobres! Acompañan á sus esposos y á sus hijos hasta que los echan en la fosa!

A los verdaderos dolientes, á los que lloran de veras, se juntan otras personas de la vecindad, por buen corazón algunas y otras porque no conocen el Panteón de Dolores, porque desean ver desde su plataforma los volcanes y el castillo de Chapultepec. De manera que esos wagones verdes siempre van atestados. Y como para esos coches no hay cortinas blancas ni persianas, porque el duelo de los pobres es enteramente descarado, podemos ver á todos los que tristes ó curiosos van siguiendo al difunto y azuzándolo para que salga aprisa de la ciudad, antes de que lo atrape algún gendarme. Los pobres, aunque sean honrados, siempre tienen miedo, y con justicia, á los gendarmes.

Es un pasatiempo melancólico para las fantasías enfermas y las curiosidades pálidas, el de fingirse la figura, la vida, la familia, la casa del desconocido á quien llevan á enterrar. Se equivoca uno las más veces; pero como no lo sabe, como solo por rara coincidencia puede uno descubrir su error, queda el placer de imaginar que se ha adivinado. Cada soñador—se requiere ser soñador y un mucho vagabundo para disfrutar de esos placeres—da nombre, cuerpo y alma

distintos, según el temperamento que tenga, á los muertos desconocidos que ve pasar encajonados.

Pasa un carro fúnebre cubierto de rosas blancas. El cajón es largo. En él caben veinte años. El soñador romántico ve, en esas rosas, estériles madres que no pudieron dar á luz á sus risueños hijos los pequeños azahares. En el ataúd va durmiendo la hermosa novia que soñaba en vida. ¡Qué blanca y pálida ha de estar entre azules cojines! Iba á casarse; era blonda; fué á un baile, abotonó mal su capota al salir del salón cuando iba á amanecer; lloviznaba . . . y «unas gotas de lluvia sobre otras gotas de sudor, jeso es la muerte!»

El soñador pesimista mira pasar el propio carro y casi se alegra. Murió joven, antes de ser más desgraciada de lo que ya era. No dió la vida á seres infelices. Fué inútil, fué infecunda para el eterno dolor. Una criatura menos, la desaparición de una molécula de amargura humana. Habría emponzoñado la vida de uno ó muchos hombres; habría engendrado por egoísmo, por placer, seres desventurados. Hizo un menor mal, porque no vivió más. La humanidad está de plácemes.

Y tal vez ambos curiosos se equivocan. Acaso era la muerta una vieja solterona á quien la vanidad cubrió de rosas blancas.

Ataúdes tristísimos son los pequeños, esos que parecen juguetes, esos que son blancos, esos que parecen hechos para encerrar un corazón. En ellos van las que no pudieron ofrecer flores, porque las suyas no rompían sus botones aún, y van á dormir bajo las rosas que no llegaron á sus manecitas. ¡Qué angustia, qué congoja da pensar que esas criaturas débiles, medrosas, van á lo negro, á lo hondo de la tierra! Y se van á millares, como bandadas de pájaros; pero no se van como éstos, para arriba, por el aire, para la luz; sino que se filtran como interminable chorro de agua clara en la arena oscura y sedienta siempre. ¿Por qué, Señor, no truecas esos cuerpitos en aromas que se evaporen?

¿Por qué no arden y se consumen y extinguen como los cirios? ¿Acaso entierran á las violetas? Quién sabe adónde se las lleva el viento; pero no les echan nunca encima paletadas de tierra. Las mariposas no mueren: se borran. Yo no he visto jamás la tumba de una alondra.

Deja la tumba para el hueso amarillo del anciano. Deja el lecho recóndito para el viajante que ha merecido descansar. Pero haz con los niños lo que haces con las mariposas, con las aves, con las flores, con todo eso que no va al sepulcro, que no aplastan con una lápida. Las palomas no tienen camposantos. Y mira á esas niñitas que ahora salen de la iglesia . . . ¿no parecen palomas? ¡Un columbario para ellas, algo que las convierta en un haz de plumas albas que pueda erguirse y conservarse en tiesto de alabastro!

Primavera, dicen que necesitas ponerte tu capote de hule y abrir tu paraguas, para no matar. Cuentan que tus primeras flores y tus primeros frutos envenenan. Las lluvias son las que te ablandan así, como el llanto hace piadoso al hombre. Igual á nosotros, necesitas sufrir para ser buena.

Sufre, pues, Primavera, y da tus primeras flores, no á los cementerios, sino á las manos de las niñas blancas para que se las lleven á la Virgen.

EL CRIMEN DE LA PROFESA.

Hay semanas color de sangre y la que acaba de pasar (¿acaban las semanas en sábado?) es una de ellas. Desde el lunes hasta el día de hoy sólo se ha hablado de puñales, cuchillos, cordeles para liar á la víctima de un odioso homicidio, reparto de alhajas robadas, hecho en la caverna de una antigua prostituta, quejidos de anciano agonizante, muerto á puntillazos, rostros pavoridos, sangre y estertor. Digna de tomarse en consideración es la circunstancia de que todos los presuntos reos de este crimen, habían estado ya en la cárcel, aunque por delitos relativamente mínimos. A excepción de Coleta, que nunca estuvo en la cárcel, sino en peores lugares, los acusados han sido todos huéspedes de lo que en Belén pudiera llamarse el cajón de la basura moral. Fueron á él por robos, por estafas, por homicidios perpetrados en riña, por delitos que infaman, pero que no tronchan la cabeza de un hombre. Y ahora han ganado un ascenso en su carrera, han subido, han trepado brutalmente á las gradas del cadalso. Ya están á la altura en que pueden ser vistos por toda la nación.

El crimen en sí es un crimen vulgar; homicidio por robo. No denuncia la bestialidad del Chalequero y de la Bejarano, quienes si se ayuntaran como macho y hembra engendrarían unos monstruos. No: se desprende del proceso que esos hombres querían beber copas de tequila, vasos de pulque; querían ir á la casa de juego; querían llevar dinero á prostitutas; y para alimentar esos vicios, no para satisfacer necesidades, se decidieron al robo, y éste los condujo fatalmente al cobarde asesinato.

Ninguna madre hambrienta, ninguna esposa en la indigencia les aguardaba en el hogar. Del lecho manchado en sangre, del lecho en que yacía el cadáver, á la cantina, á la sacristía de la tienda, al jergón de la perdida. Salieron del figón, pasaron por la pulquería, fueron al homicidio y regresaron á la cantina.

Entristece el alma pensando en las madres de esos desventurados. Ellas no les pedían nada: ellas vivían quién sabe cómo; pero sin esperar el auxilio de sus hijos que pernoctaban fuera de la casa ó lle-

vaban vida de Periquillos y de aventureros; ni amor filial, ni cariño conyugal, ni el ingente, apremiante deber de llevar pan á los hijos expirantes de hambre, intervinieron en este delito. La prostituta, el figón, el alcohol, el pulque, el coche de bandera amarilla, el empeño, la baraja, he aquí lo que se ve pasar en este proceso vulgarísimo. Ni siquiera la locura aparece excusando á los reos y pidiendo compasión para ellos. Todos son cuerdos. El único algo desequilibrado es Nevraumont. Pero este desequilibrio que se nota en la manera con que mira, en el modo con que acciona, parece un desequilibrio de *delirium tremens*. Treffel conserva suficiente sangre fría para alegar como abogado, y como abogado muy hábil. Es el médico de su deshonra, y procura aliviarla. La cara moral de Sousa, me parece una de esas caras empalidecidas por muchas noches de parranda. Me figuro sus ojos del color del tapete verde. Caballero, es vulgar, de los que riñen junto al puesto de enchiladas de una pulquería. Huele á *hojas con catalán*. Reyero es gris; Martínez, negro.

No conozco á ninguno de ellos; pero doy la impresión que de sus fisonomías internas me ha dejado la lectura del proceso. Los tres que van apareciendo como autores principales del delito, además de Martínez, que fué el brazo, el cuchillo, habían recibido buena educación y eran aptos para la lucha por la vida. Treffel sirvió como soldado á su nación; es vivo, sagaz, mañoso y de voluntad enérgica y emprendedora. Nevraumont tiene talento, virilidad y astucia. Sousa es listo. Pudieron medrar honradamente, poniendo en actividad sus aptitudes; pero el vicio pasó sobre estas cualidades su esponja empapada en alcohol, y las borró. Se quejan sin razón de la sociedad y de la suerte esas personas que desperdician sus elementos de trabajo, que llegan á no inspirar confianza y entonces piden protección y apoyo. Si con los ojos irritados por la embriaguez de la víspera; si en la puerta de la casa de la querida, al que conoce sus desórdenes y el desamparo en que dejan á sus familias, van á pedir ayuda generosa, ¿qué de extraño tiene el que la niegue? ¿Cómo ha de merecer trabajo ni socorro quien es capaz de robar y de ser cómplice en un homicidio, no por pasión, no por hambre, sino por vicioso? La sociedad suele ser injusta, pero casi siempre es previsora, y se defiende.

Lo que también aflige al leer esta causa, es la edad de algunos de los reos. ¡Qué triste primavera de la vida! ¡Por qué resbaladiza pendiente han ido rodando al abismo! ¡Ah, si los padres hablando, no fueran los abnegados encubridores de tantos crímenes ocultos . . . ! Primero el hurto doméstico, el platón de China que se perdió, el Diccionario que no parece, la quincena que en la calle le robaron al hijo, la cuenta del sastre que es preciso pagar, el reloj empeñado, la criada despedida porque entró á la recámara cuando el ropero estaba abierto y después vieron que faltaba en él un billete

de diez pesos; luego, la noche en que la madre espera ansiosa y llorando, en el balcón, al hijo que no viene; la madrugada en que baja á abrirle el zaguán y lo halla tambaleándose y tiene que subirlo casi en brazos; las náuseas del borracho al día siguiente, el cuidado para ocultarlo á los ojos de los criados; los amores con la portera en el tapanco de la pobre buharda; y á fuera de la casa, como escenario de la depravación callejera, el billar, la cantina, la ventana abierta impudicamente en algún callejón, la vivienda sucia adonde van como á resumidero el sueldo y la salud del aspirante á criminal, el jefe de la oficina que se queja de su vicioso subalterno, el zapatero que cobra, la riña con el gendarme y la primera entrada á la Comisaría.

¡Cuántos dramas encubren la sombra de la noche y el silencio de las madres!

Partiendo de la Comisaría, el descenso es más rápido. Se pide dinero prestado á los amigos del padre; se saca algo fiado en nombre suyo, en cualquiera casa de comercio; se va el escribiente fuera de la oficina porque el jefe lo echó; los robos domésticos dejan de ser domésticos; se pillea, se estafa, se vive con la querida hambroña que estimula y explota los hurtos de su amante; se contrae amistad con otros ladrones; se juega, se bebe, ya no en la cantina ni en la tienda, sino en el figón; se comparece ante un Juez Correccional . . . y el mejor día, quiero decir, la peor noche, se encuentra el joven en una relojería, frente á un cadáver, y se ve al mes siguiente en el banquillo de los asesinos.

Obsérvese el escenario en que se mueven los autores y cómplices del homicidio á que aludo. El fonducho de Reyero, la taberna de San Felipe, la cantina de la «India», la tienda de Tacuba, las *carinitas*, el pulque, la casa de Coleta: todos se embriagan, todos pegan, todos huelen mal, ¡todo sucio! Ni un ápice de pasión; ni un grito verdadero de necesidad; ¡todo vicio!

Martínez mata con la inconsciencia y brutalidad de nuestros *léperos*. Es la bestia humana. Caballero, que había proyectado el robo, deja la dirección de éste á Nevraumont, por el encogimiento con que el trigüeño ve al blanco, y el respeto rencoroso con que á pesar suyo, ve el hombre del pueblo á aquel de clase superior á quien está habituado á obedecer. Sousa no entra porque es más débil. La virilidad de Nevraumont le ha arrancado la dirección de lo que llamaban su *negocio*. Treffel y Nevraumont son los que, compitiendo en astucia, habilidad y codicia, se disputan la mejor parte del robo. Martínez es el indio desconfiado, cabiloso y cruel que mata para que no lo roben los dos blancos.

Coleta espera las alhajas para ir á tomar un ponche á la cantina.

Ni emoción, ni pasión, ni novedad, ni destreza hay en este crimen vulgarísimo que sugiere tan tristes reflexiones.

DESPUES DEL CRIMEN.

Hablar todavía del crimen de la Profesa es una falta de educación. La copa de tequila que pidió Nevraumont; los zapatos que se propone hacer Sousa; la magnanimidad de Treffel que devolvió á la familia del que había robado las alhajas que no tuvo tiempo de vender; la demencia del infeliz Martínez y los sustos de la señorita Coleta que—según el juez—tuvo bastantes novios, han pasado á la historia y casi ya se borran de la memoria ingrata de los hombres. Para perpetuar tales hechos, para grabarlos en lámina de oro, se proponen Sousa y Nevraumont—al decir de la prensa—hacer una comedia. Este será otro crimen que perdonará también el público, por curiosidad. Lo que se ignora aún es si algún músico desocupado y de genio no comprendido convertirá en zarzuela esa comedia.

Ya que, después de la sentencia, no puede influir ninguna opinión en la suerte de los reos, puedo hablar con franqueza. De lo que han escrito y publicado los *reporters*, resulta que todos los asaltantes de la relojería eran hijos excelentes, ciudadanos ilustres, y personas instruidas. Todos hablan de la mamá y del cariño que le tienen. No las alimentaban, no las mantenían, estaban siempre lejos de ellas; pero ¡eso sí! ¡las querían mucho! Treffel no habla de la mamá; pero es patriota. El se batió en la guerra del 70 y 71. Tal vez merezca pertenecer á la Legión de Honor.

De pasada ese insigne y preclaro defensor de su patria, insulta á las autoridades mexicanas. Se le olvidó que Alsacia pertenecía justamente á Francia, cuando quiso refugiarse en la Legación de Alemania; pero cuando quiso halagar á los franceses, el alsaciano-alemán se hizo francés. Vió que sus paisanos no eran tan fácilmente corruptibles ni tan dóciles á la presión de la alabanza, y entonces injurió á los barcelonetas que son tan franceses como los alsacianos.

Tragediantes primero, y comediantes después, han sido los héroes de este famoso crimen de la Profesa.

¿Qué dicen ustedes de ese cinismo con que Nevraumont habló á un *reporter* del *Universal*, diciéndole que se había regocijado, al ser aprehendido en Tuxpam, porque así se veía obligado á no salir de su patria? ¿Y qué de la dedicatoria puesta en el retrato que Martínez envió á su infeliz madre, á ella, que probablemente no sabrá leer, le habla de ósculos y emplea vocablos parecidos, casi para exhibirse como literato. Una lágrima de ese desventurado Martínez, que no sabe escribir, habría sido más elocuente que la verbosa dedicatoria escrita por Nevraumont.

Sousa es un ser débil, que desde luego reniega de sus compañeros y se propone hacer zapatos en la cárcel para que—ya cuenta con la próxima salida—cuando vuelva á tropezar con otros foragidos, decirse á sí mismo: ¡Zapatero á tus zapatos! Este caballero cifra la honradez en el calzado y por eso la tiene en los pies.

El más caballero, es Caballero. Será porque no habla; pero es el que resulta lógico en el proceso.

Con motivo también de este celeberrimo jurado, se suscita esta cuestión: ¿es más criminal el hombre culto como Nevraumont, que el hombre semisalvaje como Martínez?

Aquí voy á alegar algo en disculpa de los mismos á quienes he atacado, porque ya los sentenció el tribunal del pueblo, y mi voz nada puede influir en su provecho ni en su daño.

Es verdad que el hombre de cierto talento y de cierta instrucción puede medir la responsabilidad de sus actos, prever las consecuencias de ellos y darse anticipadamente cuenta exacta de los riesgos á que se expone. Es verdad que esas mismas dotes intelectuales que posee, le dan medios ó recursos para luchar por la existencia, agravando, por consiguiente, el delito que comete, cuando acude á recursos criminosos. Pero téngase presente el medio en que se mueven esos tipos del mundo intermedio, entre la clase acomodada y la plebe, entre la inteligencia cultivada y la bestialidad humana.

Ese medio saturado de alcohol y de perfumes, salidos del tocador de alguna prostituta, envenena, emponzoña, más que el de esa zahurda en que se revuelcan los cerdos de la criminalidad. Esos señoritos, que han heredado vicios de ricos, tienen necesidades artificiales que no sienten los hombres del pueblo como Martínez. El vicio les forma fatalmente una atmósfera que va enervándoles poco á poco. El salvaje, la bestia humana, mata cuando tiene hambre, cuando tiene sed, ó cuando tiene ganas de matar, cediendo á los impulsos de su temperamento. En él se reconcentra el egoísmo; no vive para la sociedad ni sabe si ésta existe ó no: por eso no legitima sus amores, ni cuida de sus hijos, ni busca al médico cuando se enferma. Pero en cambio, saciados sus bestiales apetitos, queda

harto. No tiene las necesidades complicadas y múltiples del que procede de una raza que ha ido paso á paso pervirtiéndose y degenerando; pero que fué, en algún tiempo, afortunada y próspera.

Por los cerebros de esos infelices, desmembrados vástagos de un árbol antes frondoso, ahora seco, anda la locura. Ya sus antepasados les dieron necesidades artificiales, pero siempre imperiosas, como es la de la morfina para la mujer acostumbrada á ella, y como es la del aguardiente para el ebrio. La satisfacción de esas necesidades se les impone fatalmente. Necesitan comprar un *jacquet*, como el indio necesita comprar una tortilla con chile verde ó un tamal; necesitan ir á las tandas, como su portero necesita una vela de cera para llevarla á la Villa; necesitan no parecer pobres, y como sus vicios les impiden ganar el dinero suficiente, como en la misma sangre de ellos va corriendo el veneno, apelan á medios criminales para satisfacer todas esas necesidades artificiales, que no por ser artificiales dejan de ser necesidades. Como el agua, buscan su nivel; quieren subir hasta la altura de donde bajaron; y ya está convertida en lodo la que fué agua limpia. Porque el lodo no sube; pero se acuerda de que fué agua.

Dan lástima estos hombres que ruedan en la escalera de la vida. Pero hasta su cinismo, como el de Nevraumont, es una manera, aunque torpe, de vestirse con elegancia moralmente. Treffel se viste de soldado; Nevraumont de hijo; Sousa de zapatero. Nada más Martínez se presenta desnudo para que le hagan la autopsia.

Y pidiendo perdón por haber hablado del proceso célebre—sabe Dios por qué—protestando olvidar hasta los nombres de los reos, quedo en espera de la compañía Roncoroni para ver crímenes en la escena y ensalzar á los criminales en la prensa.

EL SUICIDIO DE NEVRAUMONT.

La clase media tiene su espuma como el populacho; espuma grasosa y mal oliente que es preciso quitar con el cucharón de palo, como se quita la del puchero rebosante. La espuma del barrio, la hez que, removido el vaso de barro, sube en burbujas nauseabundas á la superficie, es más repugnante á la simple vista y al olfato que la espuma de la clase media; pero ésta contiene tantos gérmenes morbosos, tantos bacilos como aquella. Pasad á ciertas horas de la tarde—particularmente en sábado—por la puerta de alguna pulquería; espiad por las ventanas en la noche, el interior de los figones: en esos sitios se aglomeran los fermentos de las enfermedades sociales. Si pudiéramos encerrarlos en tubos, en redomas, en matraces, como se encierran para que el hombre de ciencia los estudie, los gérmenes de la viruela y de la tísia, de la fiebre puerperal y de la escarlatina, veríamos en nuestro laboratorio de bacterología psico-fisiológica, los microbios, los corpúsculos de vida, las inverosimilitudes de veneno que producen el robo, el asesinato y el suicidio. En un aeroscopio recogeríamos los gérmenes que pueblan la atmósfera y aislados, fecundando con ellos un líquido alcalino, según el procedimiento de cultivo, observaríamos cómo se reproducen, cómo la bacteridia se multiplica en proporción geométrica, y cómo el microbio inoculado al abuelo, ya es legión en la sangre del nieto delincuente.

El gran trabajo de la educación consiste en esterilizar esa sangre viciada, en aplicar á la cañería que nos comunica con los miasmas del albañal, una bujía Chamberland.

La espuma de la clase media—clase tan mal estudiada por nuestros pensadores y de la que han visto los novelistas coterráneos la faz ridícula y la línea caricaturesca—no pulula en tabernas hediondas ni en figones pringosos; comienza en los billares vergonzantes,